

## PREMIO SOUTHERN

Señoras y señores:

Cuando hace ya tres años la Pontificia Universidad Católica del Perú y la empresa Southern Perú acordaron crear el premio que hoy entregamos, ambas instituciones expresaban su deseo de reconocer a aquellas personas que, con emoción e inteligencia excepcionales, habían ampliado los horizontes de nuestras vidas, enseñándonos a comprender al hombre y al mundo desde las luminosas imágenes que nos ofrecen las revelaciones de las letras y las ciencias.

Convocados hoy a la ceremonia en la que el doctor Javier Arias Stella recibirá la Medalla Cristóbal de Losada y Puga, en justo

reconocimiento a la sobresaliente tarea por él cumplida en el área de la medicina, nos sentimos llamados a evocar aquella vieja tradición médica peruana forjada por grandes personajes que, hondamente comprometidos con su profesión, sintiéronse por lo mismo llamados, y de muy íntima manera, a servir al Perú: Hipólito Unanue, Cayetano Heredia y en nuestro siglo Honorio Delgado y Carlos Monge, son sólo algunos nombres de los médicos que más recuerda la historia peruana, quienes hicieron de su profesión una manera de comprender la realidad humana y natural del país. Y es que a la medicina, noble apostolado dedicado al cuidado de la vida, no le es suficiente el ejercicio riguroso del conocimiento científico que nos habla de nuestra dimensión biológica: es también un arte, el arte de descifrar al ser humano para entenderlo en su dolor, en su ambigua naturaleza de ser hecho de carne y de espíritu. Como bien señalaba Merleau-Ponty, no somos nada sin nuestro cuerpo y sin embargo somos más que un cuerpo, hijos por tanto de una realidad superior, a la

que la radical distinción de alma y cuerpo, de estirpe cartesiana, le será siempre infiel. Y no podría ser de otra manera, puesto que la vida humana, en su naturaleza más propia, obtiene su sentido a partir de esta unión inextricable entre lo carnal y lo espiritual, abriéndose así a los caminos de la libertad, pletórica de posibilidades pero también siempre limitada en el tiempo y en el espacio, determinada a conformar necesariamente su identidad a través de las relaciones forjadas con los otros. Así pues, a fuerza de zambullirnos en la búsqueda de la verdad sobre nuestra especificidad biológica, nos acercamos finalmente a ese suplemento de significado que, permitiéndonos aceptar que somos unidad de lo complejo, reclama para lo humano un valor supremo y una dignidad radical. Quizá intuyéndolo, hace muchos siglos, Maimónides, sabio judío cordobés del siglo XII, médico y filósofo, autor de la *Guía de perplejos*, reflexionaba en uno de sus aforismos que en último término la medicina se caracterizaba

como el lugar de encuentro entre la razón y el sentimiento al servicio de lo humano.

Ha transcurrido el tiempo, los siglos se han sucedido, y las palabras del Aristóteles judío no han perdido vigencia. Por el contrario, se han renovado de sentido y eso nos lo muestra la obra de Arias Stella quien ha explorado en el terreno de la histología fenómenos patológicos para, explicándolos, abrir así la posibilidad de combatirlos. Se ha enfrentado pues de la manera más directa y cruda con nuestra carnalidad, dimensión que nos enraiza en la naturaleza y en la que, con la maravilla de la vida se anuncia también nuestra precariedad y finitud, encontrando él mismo allí su singular camino de identificación con la humanidad doliente.

Médico, científico y maestro, el doctor Arias Stella ha brillado también más allá de los círculos académicos y con singular relieve

en el terreno de la vida política de nuestra patria, permaneciendo en la memoria de todos nosotros por su acertado desempeño en carteras ministeriales y responsabilidades políticas. Son múltiples los perfiles que ofrece nuestro homenajado; sin embargo a nuestro juicio todos ellos se reúnen en una sola imagen total: la del auténtico universitario, es decir, aquel que se acerca al soplo universal que se expande y así anima la conquista del bien y la verdad, para de tal suerte demostrarnos con sus pensamientos y actos que no cabe hablar de saber consistente si él no considera al hombre en sus dimensiones ontológica y ética que le otorgan pleno sentido.

Para nosotros resulta claro que toda tarea de avance en el conocimiento requiere de una necesaria mediación entre la epistemología de la ciencia y el lenguaje ético. Y es así que quizá hoy, mucho más que antes, el trabajo del investigador no halle tanto su más complejo desafío en el develamiento de las claves

que gobiernan el mundo o en la formulación de luminosas tesis que nos proponen una nueva comprensión de las cosas, sino más bien en un compromiso ya ineludible: escribir, a través de los conocimientos conquistados, capítulos inéditos en la historia, momentos de especial significado, porque en ellos se construye un universo cada vez más humano y solidario. Javier Arias Stella, así lo ha comprendido el jurado que lo señaló digno de ser premiado, encarna sin defecto esa delicada suma de inteligencia y moralidad que, si bien es una cualidad personal, honra igualmente a su gremio así como a la Universidad que él ayudó a fundar y a la que, con relieve ha dedicado años de magistral cátedra.

Ahora bien, tal espíritu fundamentalmente académico, que no establece divorcio entre valores humanos y científicos, es menester decirlo, se enfrenta en nuestro aquí y en nuestro ahora a un estado de cosas en el cual la afirmación del papel de la investigación y la ciencia atraviesa circunstancias especialmente

adversas. En nuestro país la desatención creciente del cultivo de las disciplinas básicas, fenómeno inducido no sólo por la carencia de recursos, sino también por la desvalorización de la tarea intelectual, ha ocasionado el deterioro del entorno científico y la ausencia de oportunidades para que se despliegue a plenitud la vocación por el estudio, lo cual ha traído como consecuencia el recorte de los amplios horizontes de desarrollo a los que está prometida nuestra nación. Si a todo ello agregamos las tendencias que hoy favorecen la pronta conquista de resultados y privilegian el dominio instrumental de las cosas y de las personas, negando así lo más valioso que posee la búsqueda de la verdad, que es su cercano compromiso con la vida existencia, nuestra mirada no puede dejar de estar teñida de cierto pesimismo.

Sin embargo, no es propio ni de hombres ni de organizaciones responsables abandonarse al sentimiento de derrota. La Universidad Católica siempre lo ha entendido así y por ello, junto

a algunas otras instituciones conscientes de su necesaria fidelidad al espíritu académico, no ha renunciado a cultivar en sus claustros las ciencias básicas sin las cuales la cultura se anemiza, la inteligencia se empobrece y queda sin norte y sustento el quehacer tecnológico; al hacerlo hemos necesariamente otorgado un lugar de privilegio a la investigación comprendida como misión permanente que no admite claudicación. Ahora bien, una manera de ser consecuentes con este quehacer constante y mayormente silencioso, era hallar un nuevo modo de ofrecer una voz de aliento a la sociedad peruana, haciéndole tomar conciencia de que en el mismo Perú, donde parece reinar la medianía y en ocasiones es difícil encontrar sólidos ejemplos, trabajan sin embargo personas excepcionales que, como nuestro homenajeados, son testimonios de entrega desprendida al desarrollo del saber fundamental a través de elevadas y fructíferas experiencias animadas de afanoso empeño. Southern Perú compartió nuestro proyecto y nos ayudó a hacerlo realidad. Nació entonces el

Premio Southern, auspiciado por una empresa que demuestra en acciones concretas su profundo compromiso con el país, no sólo mediante su reconocido trabajo empresarial en el campo minero, sino también a través de la promoción de valores que nos llaman a construir una nación nueva y mejor. Una persona especial que debemos mencionar representa este espíritu que elogiamos y a ella queremos rendir hoy un especial homenaje: el ingeniero Charles Prebble, presidente de Southern Perú. Una noticia nos anuncia que finalmente dejará el Perú y que regresará a su país de origen; quisiera decirle al señor Prebble que ésta es sólo una verdad que tomamos a medias, pues para nosotros siempre estará presente como lo están los amigos que el corazón no puede olvidar, como estará, sin duda, en un lugar privilegiado de su memoria, el país en el cual ha formado su familia y al cual ha servido dedicándole sus mejores años.

Doctor Javier Arias Stella:

Porque en su vida ha reafirmado constantemente su relación con el saber, pues no sólo lo ha generado, a través de descubrimientos que han merecido reconocimiento internacional, sino también lo ha difundido como maestro en la cátedra y lo ha aplicado tanto como profesional cuanto como hombre público que debía tomar acciones en favor de su pueblo; porque con lo mencionado no sólo ha otorgado plenitud a su propia existencia sino contribuido a que sea también más plena la vida de sus hermanos los hombres; porque ha sabido llevar dignamente sobre sí la responsabilidad de ser peruano entregándose sin reservas al servicio de la nación, justicieramente, recibe un galardón que evoca a otro peruano eminente: don Cristóbal de Losada y Puga, quien, como se sabe, tuvo especial vinculación con nuestra Casa de Estudios. Los dos nombres a partir de hoy se entrelazan para así expresar al unísono el sentimiento que sólo es debido a las personas que con íntegra

conducta han enaltecido el cultivo del conocimiento en nuestra patria.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 26 de Noviembre de 1998.